

PRESENTACIÓN

David Antonio Pérez Nava

Múltiple y diverso, el pensamiento latinoamericano abre sendas, atraviesa obstáculos y avanza con firmeza. Se detiene y proyecta, como hace el viajero que visualiza a la distancia su objetivo; a veces avanza en círculos y duda de la dirección a la que se dirige, pero halla su norte más tarde o más temprano. Ni la maleza, ni las dificultades de quien explora, ni el tupido follaje que parece nublarle por momentos la vista y el juicio, podrían detenerlo. No hay mapa alguno, pero existe brújula. Tiene claro su destino, aunque no haya certeza de su llegada. No se sabe cuándo, ni cómo, ni por dónde. Lo que ahora importa, sin embargo, es su proceso, el camino mismo que, en un caso como éste (el de pueblos, naciones y países de una o de otra manera dependientes), no puede ser otro que el camino complejo y contradictorio de la liberación. Tal es el carácter de un pensar situado, abierto al mundo, pero también consciente del preciso lugar que en él ocupa. Si existe entonces el pensamiento latinoamericano, existe sólo como pensamiento de liberación del cual, desde luego, se desprenden todas sus distintas configuraciones (aunque no todas y no siempre bien logradas).

Nuestra historia es larga y pocas veces se habla de ella con el realismo y la prudencia necesarias. El fundamentalismo indigenista, que construye como fantasía el pasado y el presente de unos “pueblos originarios” sin antagonismos ni contradicciones; es tan pernicioso como el fundamentalismo europeizante, que se niega a ver en América Latina la novedad que, dada la pluralidad cultural y étnica que la constituye, nos exige una valoración exacta si queremos aprehender algo de ella. Los que quieran construir ficciones, como sentenciaría G. W. Hegel, una idea de lo real inspirada en sus caprichos y aspiraciones, que hagan entonces literatura.¹ Los que quieran, en cambio, hacer pensamiento

1 Cfr. José Porfirio Miranda. (2015). *Hegel tenía razón. La revolución de la razón*. México. UAM/Plaza y Valdés.

latinoamericano, pensamiento de liberación, que asuman la verdad como tarea y, con ello, eleven la manifestación genuina pero caótica de lo real a “la ordenación pensada y a la sencillez del concepto”, como se afirma en la *Fenomenología del espíritu*. Esa es nuestra brújula.

Pero andar con ella no es sencillo. El deseo incontenible de llegar, el miedo a lo que nos es extraño y los atajos de la inmediatez y la soberbia, no son buenos consejeros. El extravío y el estancamiento son sus consecuencias. La paciencia del que anhela conocer el mundo según las determinaciones que le son propias y la consciencia de que el mundo posee una estructura y una dinámica que no dependen de la voluntad de quien lo piensa, son para el viajero mejores atributos, pues nadie avanza más seguro que quien, con la convicción de llegar a su destino, se preocupa por analizar con precisión el terreno que pisa, atiende los detalles y las particularidades de su entorno y no anticipa ni supone conclusiones (abre sendas o cambia direcciones) si éstas no se hallan plenamente justificadas. Y aunque nosotros, como es natural, no pretendemos sostener aquí, en esta obra, que estamos en posesión de esas virtudes, sí esperamos que sea el lector quien juzgue qué tan capaces hemos sido de mantenernos y en qué momento específico nos encontramos en nuestro propio andar *Por los caminos del pensamiento latinoamericano*.

Nuestro libro, entonces, se divide en dos secciones, cada una de las cuales, con todos sus probables defectos, pretende ser expresión auténtica de un pensamiento situado y comprometido. En la primera, por ejemplo, hemos buscado ofrecer una mirada panorámica, si se quiere, a lo que se ha dado en llamar, desde por lo menos la segunda mitad del siglo xx, la filosofía de la liberación en *sentido estricto*. Para quien esta “Presentación” suscribe, el pensamiento latinoamericano no es tal por el lugar geográfico en el que se produce, sino, como decíamos antes, por la convicción de pensar desde su específica particularidad para encontrar en ella respuestas a las preguntas y a los problemas que le son propios, que no son otros que los de una región profundamente

dependiente. Es, así, el pensamiento de liberación en *sentido amplio*, del cual aquella filosofía de la liberación en sentido estricto se presenta sólo como una de sus configuraciones.

En este sentido, la entrevista a Dina Picotti con la que abre nuestra obra, busca darnos pistas sobre el ambiente socio-cultural en el que surge la filosofía de la liberación argentina, de quien ella fue (junto a otros) fundadora. Su mirada retrospectiva, nos da cuenta sobre las preocupaciones, contextos y situaciones que dieron impulso a esa tematización explícita de la liberación como problema, concepto y proyecto, de tal suerte que su particular perspectiva nos permite formar una idea más o menos general del sentir continental de la intelectualidad de vanguardia de aquella época. El artículo mismo de la Dra. Picotti, por otra parte, nos acerca ahora a su pensamiento, el cual, sin negar lo que abreva de aquel movimiento argentino, subsume aquellos planteamientos para potenciar la propuesta filosófica intercultural de la que ella es pionera. En su análisis sobre el pensamiento mapuche, se evidencia la transición tensa (pero creativa) que ha significado la colonización y el proceso de occidentalización que trajo consigo, incluso para los llamados “pueblos originarios” que, con todas sus formas de legítima resistencia, han terminado también por perder algo de aquella antigua “pureza”. Finalmente, los dos trabajos restantes que componen esta sección, nos permiten observar la heterogeneidad de esta propuesta filosófica al acercarnos a los discursos del mexicano Leopoldo Zea y el peruano Augusto Salazar Bondy, quienes más que precursores, aparecen realmente como representantes autóctonos de la filosofía de la liberación que, como tales, parten de sus propias realidades para hallar en ellas lo que hay de universal en tanto expresiones dependientes de un orden global en el que unos y otros tienen siempre su papel específico.

Ahora bien, en la segunda sección de nuestro libro aparecen diversas expresiones del pensar latinoamericano. Por un lado, se explora la posibilidad de reflexionar sobre la teoría crítica y la Escuela de Frankfurt desde una óptica latinoamericana, lo que constituye un intento serio de pensar la tradición del pensamiento crítico europeo para obtener de ahí, si las hay, las lecciones que correspondan a nuestro tiempo y espacio. Por

el otro, se busca dar cuenta de la actualidad política de nuestra región y mostrar, si acaso, la necesidad de fundamentar “otro mundo posible” y los criterios de una alianza estratégica entre los diversos actores con el fin de lograrlo. Respecto a esto último, Chantal Mouffe, en su *En torno a lo político*, bastante nos ha dicho sobre la esencia antagónica de lo político, de modo que parece difícil creer que se pueden radicalizar los posicionamientos de la izquierda “progresista” latinoamericana o diluir las contradicciones y oposiciones existentes entre los diversos actores, por un simple acto de “voluntad política”. Los procesos políticos, las identidades ideológicas y las transformaciones sociales tienen su propia dinámica, y es ésta la que hay que intentar descifrar con miras a saber situarnos adecuadamente en ella. Respectivamente, se trata de los textos de Omar García y Abdiel Rodríguez.

Los tres trabajos restantes, por último, son intentos por pensar problemas “concretos” desde el instrumental categorial del pensamiento latinoamericano. En el primer caso, Sara Ferreira apunta su mirada a quien es, probablemente, el sujeto humano más invisibilizado en las sociedades contemporáneas, no sólo como actor político (que es el tema que le ocupa), sino como hombres y mujeres con dignidad, necesidades y anhelos: las personas en situación de calle. Para la teoría, incluso para la filosofía de la liberación a la que la autora se adscribe, es un tema casi siempre inadvertido. En segundo lugar, el trabajo de Leidy Andrade y compañía, todas jóvenes investigadoras colombianas, nos pone de manifiesto la importancia del territorio y los lazos culturales en la construcción de una psicología social comunitaria situada, adecuada genuinamente a las condiciones de vida de millones de latinoamericanos. Por último, el artículo de María Ceballos y Diana Girón nos advierte sobre la necesidad impostergable de una formación ética en las universidades. Más allá de la ética de los valores desde la que ellas piensan (criticada, por ejemplo, por Enrique Dussel), lo innegable es que en un mundo plagado por la enfermedad, la desigualdad y la violencia, la asunción de principios normativos sólidos que determinen el ejercicio profesional y la cotidianidad toda, se nos presenta como un asunto de vida o muerte.

La diferencia enriquece la vida y el pensamiento; es por eso que no hemos pretendido hacer de éste un libro homogéneo. El instrumental analítico de los autores, sus fuentes, así como sus hipótesis, sugerencias y conclusiones son diversas, a veces incluso contradictorias. De eso precisamente se trata, porque si todos los caminos llevan a Roma, como reza el famoso dicho, todos los caminos del pensamiento latinoamericano, esto es, de un pensar consciente y comprometido con su lugar de enunciación, merecen ser explorados pese a sus divergencias, limitaciones y obstáculos. Cada uno a su manera, de todos se aprende; de modo que será el lector, como es habitual, quien deba apreciar el justo valor existente en ellos. A eso se someten gustosamente todos aquellos que escriben.